

ENSAYO

Relación del *devenir gay* en la *Teoría Queer* y el pensamiento foucaultiano.

*Autora: Priscilla Alfaro Pereira**



* Priscilla Alfaro es estudiante de Filosofía en la Universidad de Costa Rica.

A Camilo, por su llegada que no cesa.

Resumen: La complejidad de los cuerpos ha sido configurada a partir de normativas sociales que responden a los juicios de lo normal y lo anormal. La heteronormatividad desautoriza otras prácticas en torno al deseo según la dinámica de plataformas modeladoras que se trasladan a los dominios públicos: los discursos corporales no poseen únicamente un peso simbólico, sino que estructuran otros ámbitos en los que hoy el patriarcado se sostiene.

Palabras clave: *cuerpo, deseo, homosexualidad, teoría queer, devenir.*

I. Introducción

El presente ensayo es un ejercicio crítico a la heterosexualidad impuesta. Vamos a analizar algunos discursos de control que atraviesan las corporalidades y que mantienen un orden naturalizado de adoctrinamiento. Se postula el *devenir* como ruptura posibilitadora frente al entramado coercitivo que opera en los cuerpos y los placeres. En este sentido, este trabajo se centra en la discusión de algunos discursos sobre la homosexualidad y la teoría *queer* y sus dinámicas internas. Partimos de la siguiente pregunta: ¿qué producen los gestos de los cuerpos homosexuales y *queer* dentro de las prácticas heteronormativas?

David Halperin, en su obra *San Foucault*, apeala a las palabras del autor francés para leer este deseo a modo de herramienta política: “ser gay es devenir, el punto no es ser homosexual sino trabajar persistentemente en ser gay (...) es también una cierta manera de refutar los modos de vida ofrecidos” (Halperin, 2007, p.99). Desde esta lectura foucaultiana el devenir posibilita desestabilizar las identidades (aunque se crean diversas y subversivas), lo que logra invertir una y otra vez los roles como sucesión de un trabajo performativo con nuestro cuerpo.

Por su parte, la Teoría *Queer* y el pensamiento foucaultiano proponen una experiencia contingente del cuerpo y los placeres: un uso de nuevas dinámicas sexuales que devengan en herramienta política, en golpe, incomodidad y estrategia deformadora de las identidades.

II. Vigilancia panóptica: el encausamiento de los deseos

Cuando Foucault estudió los mecanismos de control de los prisioneros bajo el sistema panóptico utilizado en las cárceles, relacionó esa vigilancia con el uso de los placeres a través de la administración de los cuerpos. Bajo este sistema, el prisionero encausaba su corporalidad en función

del cumplimiento de las normas. Esa constancia queda en evidencia por medio de tres ejemplos de adiestramiento corporal: la intersexualidad, el deseo homosexual y los cuerpos farmacopornográficos, los cuales dan cuenta de la administración social de los deseos que se ejerce a través del tiempo de las siguientes maneras.

2. La intersexualidad

Durante siglos, los individuos que niegan la norma han sido perseguidos, alcanzados por la ley y arrojados a la vergüenza social. En sus diarios, Alexina Barbin, quien luego sería forzada a asumir el nombre de Herculine, describe una vida de injurias que la obligan al suicidio a causa de la imposibilidad de vivir con un género que no respondía a sus placeres. Nacida intersexual, su sexo se instrumentalizó en función de una sociedad heterocentrista, atravesada por discursos médicos y religiosos que se atribuyeron la tarea de normalizar y ocultar el escándalo de aparentes relaciones homosexuales.

Alexina nació en la mitad del siglo XIX, época en la que, tal como señala el autor, la medicina se abocaba a “*la búsqueda de la identidad en el orden sexual*” (Foucault, 2007, p. 16). Luego del proceso médico, se somete a una sentencia judicial dictada por el Tribunal de la Rochelle el 22 de julio de 1860. La agitación que produce el cuerpo de Alexina, exhibe el entramado sistemático que se condensaba como el discurso hegemónico de control sobre los ensayos corporales.

Posterior al suicidio, el organismo judicial somete el cuerpo a una autopsia para determinar el “verdadero” sexo del mismo. Los dictámenes compilados por el mismo Foucault describen los procesos médicos que tuvo que padecer Alexina, sin nunca tratar ella misma su cuerpo con igual

rigor y violencia a la que fue sometía.

2.2. El deseo homosexual

Michel Foucault realiza una genealogía del término “homosexualidad” relacionándolo con el detrimento intencional y sistemático de la amistad entre los hombres. El autor asevera que “imaginar un acto sexual [entre sujetos del mismo sexo] no es lo que inquieta a las personas. Pero que los individuos comiencen a amarse, ése sí es un problema” (Foucault, 1981, p.2). Remontándose a la tradición griega, Foucault lee las relaciones afectivas como alianzas que formaban parte del *hacerse a sí mismo* necesario en la época. Cuando dos hombres tenían relaciones coitales, la pregunta no se sostenía bajo la plataforma moral de la sexualidad normativa, sino que se sumaba al juego social del “hombre libre” y “el esclavo”, leídos también como “actividad y pasividad”. Por lo tanto, el hombre libre que ejercía su poder sobre otros, lo hacía también durante el acto sexual. Las prácticas griegas no concebían como moral que un nacido de buena familia, con posibilidad de gobernar, dejara que un esclavo penetrara su cuerpo. El objeto de placer, así como en las relaciones de poder fuera de lo sexual, era siempre el súbdito. Las relaciones pedagógicas entre maestros y jóvenes se sostenían bajo la misma lógica afectiva. Desde este ángulo, argumentar que los griegos naturalizaron o soportaban la homosexualidad es una lectura equivocada del contexto, pues el uso del concepto aún no formaba parte del entramado lingüístico.

Fue a partir del siglo XVII que en las sociedades europeas la problematización de la monosexualidad se institucionaliza, aplicándose “un conjunto de medidas, persecuciones y condenas contra aquellos a quienes todavía no se les llamaba homosexuales sino sodomitas” (Foucault, 2013, p.110). La práctica policial contra la homosexualidad se refuerza gracias a una estrategia ciudadana de vigilancia constante, en donde se comienza a pensar y leer históricamente la ciudad como un medio de control panóptico.

En el siglo XIX “la formación de dominios de saber concernientes a la sexualidad desde el punto de vista biológico, médico, psicopatológico, sociológico y el papel determinante (...) de la educación, la medicina y la justicia” (Foucault, 2013, p. 193) moldean los cuerpos hasta lograr que los mismos citen la norma.

La citación de dichas normas se construyen por medio de tensiones entre el consentimiento y el castigo. La guerra por ejemplo, convoca a los hombres a una fraternidad y devoción por el

otro que sobrepasa la cercanía tradicional fuera de esos contextos. Al mismo tiempo, se sabe de un castigo implícito si esos cuerpos próximos sobrepasan los límites de lo admisible. En este apartado, Foucault plantea que ignorar los lazos afectivos entre esos hombres arrojados a vivir juntos por meses y años, castiga esas relaciones sensibles como conductas homosexuales: “no digo que siguieran combatiendo por estar enamorados unos de otros, pero sí (...) el salir de la trinchera con el amigo, frente al amigo, todo ello implicaba una trama afectiva muy intensa” (Foucault, 1981, p.4). Es necesario preguntarse y darle lugar en las discusiones sobre el cuerpo, a la amistad, como un ensayo que desplaza y pone en crisis las normas.

2.3. Los cuerpos farmacopornográficos

La estrategia panóptica se traslada a otros dispositivos de control a través de lo que Beatriz Preciado llamaría: “gestión política y técnica del cuerpo, del sexo y de la sexualidad” (Preciado, 2008, p.26). Preciado da cuenta de un entramado de estrategias médicas, farmacéuticas, psiquiátricas y pornográficas (con la primera impresión de la *Revista Play Boy*) que encontrarían un fundamento medular en común: la biopolítica y la heteronormatividad.

En su obra *Testo Yonqui*, Preciado analiza el flujo histórico que convoca acontecimientos como las luchas raciales y de clase social principalmente en los Estados Unidos. Éstas coinciden a su vez con la agitación de la Segunda Guerra Mundial y el desarrollo de un discurso mecanicista del cuerpo.

La megaproducción de sustancias sintéticas se dispara en el siglo XX: por un lado las pastillas de anticoncepción se introducen como una estrategia de control prenatal, mientras que los implantes fálicos a base de plástico para mantener la erección y la venta de *Sildenafil (Viagra)*, por medio de laboratorios *Pfizer*, motorizaron una trama discursiva acerca de los cuerpos virtuosos y sanos. Paralelo a estos métodos de control, la producción farmacéutica distribuye sustancias para evitar a toda costa la gordura. En el nuevo milenio, se comercializan por igual la *Ritalina*, para mermar la actividad infantil (patologizada), y los antidepresivos que trabajan sobre el desánimo de los infantes. La producción de subjetivaciones apuntó a construir un nuevo modelo de ser humano, que exhibía las evidencias de un cuerpo atravesado por la técnica farmacéutica.

Preciado articula la segunda mitad del siglo XX con dos acontecimientos fundacionales de

este *tecnocapitalismo* que somete a los cuerpos: en 1947 la psiquiatría, por medio de John Money, inventó el concepto *género*, para diferenciar lo que antes se conocía como sexo. En ese mismo período, “durante la Guerra Fría, Estados Unidos invierte más dólares en la investigación científica sobre el sexo y la sexualidad más que ningún otro país a lo largo de la historia” (2008, p. 26). Apenas seis años después dos hechos vuelven a exhibir la tensión entre contingencia y norma de los cuerpos: el soldado estadounidense George W. Jorgensen, quien desde entonces es llamado Christine, se convierte en el primer transexual en ser mediatizado, al mismo tiempo que la revista *Play Boy* lanza su primera impresión con Marilyn Monroe posando desnuda en la portada. En 1970, la industria pornográfica se posiciona como una de las vertientes con mayor éxito en lo que a pedagogía sexual respecta. La industria farmacéutica, la sexología y la producción de cintas pornográficas formaron parte de los saberes legítimos que atravesaron los cuerpos con tanto rigor como los tribunales, la psicología y la medicina, lo que perpetuó una idea homogénea de cuerpo sano y ordenado al cual se le cura –por medio de cirugía plástica o fármacos– la falla o el desfase.

3. Martillar¹ con el cuerpo a través del insulto

La palabra *queer* apareció en el siglo XVIII con el fin de nombrar aquello que atentaba con el *modus operandi* de las dinámicas convencionales. No se confunda la enunciación del término con su ajuste en la lista de adjetivos: *queer*, al contrario, exhibe un fallo y perturbación en la semiótica tradicional con que se ha querido leer el tránsito de los cuerpos.

Un siglo después, durante la época victoriana, la sexualidad conferida a la familia conyugal tradujo las manifestaciones disidentes en cuerpos abyectos arrojados al encierro. Los burdeles y manicomios tramitaron el deseo rigiéndose a partir del imperativo burgués: el secreto. Hasta el siglo XIX la medicina y la psiquiatría se abocaron a la elaboración de discursos que fueran escuchados y comentados por todos. Si los siglos anteriores correspondieron a la tradición de lo secreto, este se convirtió en la mayor locución sobre la verdadera y correcta sexualidad: “la prédica sexual”

(Foucault, 1976, p. 13).

Tal como lo advierte Preciado, la historia política alrededor de un concepto se suscribe a sus usos y contextos. Hasta mediados de los años ochenta, *queer* fue reapropiado por grupos de resistencia política que exigieron visibilidad e hicieron que el insulto motorizara las causas de sus círculos disidentes: “Lo que había cambiado era el sujeto de la enunciación: ya no era el señorito hetero que llamaba al otro maricón; ahora el marica, la bollera y el trans se autodenominaban “queer” anunciando una ruptura intencional con la norma” (Preciado, 2009, p.16).

En correspondencia con el *devenir gay* foucaultiano, el movimiento *queer* no se define bajo los lineamientos tradicionales de la identidad. Por el contrario, critica las normas de exclusión internas, tanto de la tradición heterosexual como del movimiento gay, mientras estas normas impongan grillas discursivas de control sobre los cuerpos y los deseos: se trata de someter la propia identidad a la crítica.

Para Michel Foucault, reducir la discusión de la homosexualidad dentro de los márgenes de descubrir la identidad personal, tranquiliza toda su potencia política. Al contrario, los placeres exhiben la posibilidad de reinventar múltiples relaciones con mayores alcances que aquellas relaciones institucionalizadas: “relaciones que hacen cortocircuito e introducen el amor ahí, donde debiera estar la ley, la regla o la costumbre” (Foucault, 1981, p.2).

Tanto el *devenir gay* como la teoría *queer* desexualizan el placer. En contextos donde las luchas sociales y de reconocimiento, que provienen en su mayoría de sectores discriminados sexualmente, se han centrado en asumir una identidad compartida para salir a las calles, ambas teorías proponen una desestimación de las identidades tradicionales. Exigir derechos es una práctica que siempre pone en juego el cuerpo y sus contingencias, no solo porque los mismos se convocan sino porque se identifican. ¿Cómo se tramita el devenir si la causa exige un reconocimiento identitario? El mismo es válido en cuanto la obtención de derechos sexuales está sujeta al acto de identificación. La práctica sería re-pensar los roles y las posibilidades de sus usos en el ejercicio político de reconocimiento. En otras palabras: citar la norma estratégicamente, no asumirla.

Durante ese flujo performativo del cuerpo, se evidencia que la desestabilización del mismo se encuentra ligada a la contingencia de los géneros. Esta lectura tiene una profunda incidencia

¹ Si bien Nietzsche apostó por hacer filosofía a martillazos, la teoría queer se avoca a martillar con el cuerpo, performando el insulto en acción política.

en acciones políticas como el feminismo, donde ahora entran en caos presupuestos que atraviesan los cuerpos bajo una determinada condición e identidad: ser mujer. Judith Butler lo expone de la siguiente forma: “el sujeto feminista está discursivamente formado por la misma estructura política que, supuestamente, permitirá su emancipación” (2007, p.47). El devenir se inscribe en los movimientos sociales como la posibilidad de repensar las manifestaciones de control que se producen a lo interno de sus dinámicas. Así, el feminismo pudo preguntarse si el ser mujer designaba *per se* diversos discursos y prácticas dominantes. La autora sostiene su tesis con una inquietante y provocativa elocuencia: “*el cuerpo es una situación*” (p.57).

Nada en el *género* comunica más que una comodidad lingüística, una práctica de manipulación y un intento por darle nombre y carácter a aquello cambiante que a la vez agencia posibilidades políticas. La idea de *generizar* los cuerpos se fundamenta en el miedo de aquello innombrable, que no logra acomodar sus características dentro de los marcos tradicionales del lenguaje. La práctica de intervenir discursivamente las corporalidades para lograr que naturalicen la norma, sólo está exhibiendo su propia inoperancia e imposibilidad. Hay fugas cada vez más grandes.

El *corpus social* se sexualiza en función de esa noción de normalidad, no son únicamente cuerpos particulares los lanzados a la humillación y el encierro sintiendo el peso de las políticas coercitivas. El entramado social, la economía, la tecnología, los discursos médicos y educativos, son cuerpos que evidencian tanto control y violencia como el del Herculine, el de los soldados americanos, o el infante hiperactivo, lacerados por no sostener esas aspiraciones de control y homogenización.

No se subestime el insulto: su naturaleza de golpe, incomodidad y desafío.

4. Conclusión

La hipótesis sostenida en este ensayo da cuenta de la fuerza política que los cuerpos poseen al movilizar las identidades asumidas como norma o demanda. El análisis de los procesos históricos que atraviesa el *corpus* hace énfasis en las prácticas coercitivas que utilizan la medicina, la religión, la psiquiatría y otros saberes en torno a la correcta sexualidad. La crítica permite observar relaciones entre cuerpos y deseos sumados a identidades específicas, de manera tal que la problematización a lo interno de los movimientos disidentes es también una búsqueda de las prác-

ticas que controlan y suponen nociones únicas y correctas, con el fin de enfrentar la reproducción de discursos normalizadores.

La teoría *queer* y el *devenir gay* en Foucault exhiben las posibilidades performativas de los cuerpos, en donde entran en crisis los discursos generizados y los mecanismos de poder que apuntan a la homogenización de los individuos. Ambas prácticas critican la vigilancia social de los afectos, en busca de acercar los placeres que antes no podían encontrarse. Aquí sí tienen lugar esas convocatorias de los que antes eran llamados abyectos, enfermos e invertidos.

Bibliografía

- Butler, J. ([1990] 2007). El género en disputa. (Trad. M. Muñoz). Barcelona: Paidós.
- Córdoba, D., Sáez, J. y Vidarte, P. (2005). Teoría Queer: políticas bolleras, maricas, trans, mestizas. Barcelona: Egales.
- Foucault, M. ([1975] 2002). Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. (Trad. A. Garzón del Camino). Buenos Aires: Siglo XXI.
- . (2013). La inquietud por la verdad: escritos sobre la sexualidad y el sujeto. (Trad. H. Pons). Buenos Aires: Siglo XXI.
- .([1978] 2007). HerculineBarbin llamada Alexina B. (Comp. A. Serrano). Madrid: Talasa.
- .(1984). Michel Foucault, una entrevista: sexo, poder y la política de la identidad. (Trad. J. Bauzá). Revista TheAdvocate, No. 400, pp. 26-30.
- . (1981). De la amistad como modo de vida. Revista GaiPied, No. 25. (Trad. C. Bonfil). Recuperado de: <http://www.jornada.unam.mx/2004/06/03/ls-entrevista.html>.
- . ([1976] 2012). Historia de la Sexualidad I: la voluntad del saber. (Trad. U. Guiñazú). Madrid: Siglo XXI.
- Halperin, D. ([1995] 2007). San Foucault. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Preciado, B. (2008). Testo Yonqui. Madrid: Espasa Calpe, S.A.
- . (2009). Historia de una palabra: Queer. Revista Parole de Queer, No. 1, pp. 14-17.